

»y de pensamiento deliberado, una idea constituye la trama de su vida»—ha dicho historiando la vida de nuestro eximio San Martín.—«La vida de Colón, agrega, »está encerrada en una idea: buscar el oriente por el »occidente, dada la redondez de la tierra, lo que debía »conducirle al descubrimiento de un nuevo mundo. La »vida de San Martín está encerrada en otra idea análoga: buscar el camino de la revolución sudamericana por el camino opuesto al hasta entonces seguido, »lo que debía conducirle á fijar el punto estratégico de »la victoria final de un nuevo mundo republicano.» Como en San Martín y Colón, y como en la de todos los hombres de «acción consciente y pensamiento deliberado», una idea ha constituido la trama de la vida de Mitre: la de labrar la felicidad y grandeza de la patria argentina, consolidándolas sobre la base inconvencible de la unidad nacional.

Vuelto después de la victoria al ejercicio del mando gubernativo de la provincia de Buenos Aires, fué autorizado por la ley de su Legislatura, de 11 de marzo de 1862, para aceptar y ejercer los poderes delegados de las demás provincias hermanas á efecto de convocar é instalar el Congreso Nacional y resolvió ejercer su nueva autoridad agregando á su título de «Gobernador de Buenos Aires» el de «Encargado del Poder Ejecutivo Nacional» (**), misión que llenó cumplidamente instalando el 25 de mayo de 1862 el Congreso Legislativo de la República y declarándole que depositaba desde ese momento en sus manos los destinos de la patria.

El mensaje en que daba cuenta á ese alto cuerpo de qué manera había usado las facultades con que fué investido por los pueblos argentinos, mientras se preparaba la reorganización de los poderes que habían de regir sus destinos, es un documento interesantísimo y de valor histórico que pone sobriamente de relieve, con

austera verdad, el cuadro político y social de la República en aquellos días de patrióticas tribulaciones en que se libró la última batalla entre los discípulos de Moreno y los corifeos de Artigas y Ramírez, que los mismos eran á través de los tiempos y á pesar de varias generaciones...

En ese documento reproducimos el principio y su conclusión, en que señala el punto de partida y hace justicia noble y distributiva á los esfuerzos generosos de todos en la gran cruzada, sin reservar, como de costumbre en su vida toda, nada para sí, satisfecho siempre de que el destino lo eligiera instrumento de grandes acciones y sintiéndose ampliamente recompensado con la satisfacción íntima del deber cumplido, que no todos llenan y á muy pocos halaga.

«Los hechos de armas, decía, que han dado origen á la situación en que el país se encuentra, conmoviéndolo profundamente, podían haber producido »acaso la vacilación en algunos espíritus, ocultándoles »por un momento el camino fijado de antemano á la »revolución por las leyes escritas, por el voto de los »pueblos y por la lógica misma de los acontecimientos. »En el instante en que los poderes públicos se disolvían, y en que la manifestación material de la unidad »argentina se borraba, por decirlo así, era necesario »pensar y decidir que ese eclipse era transitorio, y que »esa disolución aparente era una verdadera labor de »regeneración de la que la República surgiría en breve, »fuerte, compacta y libre, reposando en las conquistas »laboriosas de su pasado, en la lisonjera realidad de su »presente y en las grandes promesas de su porvenir. A »ese fin era también necesario apoderarse con mano firme del símbolo visible de la nacionalidad, que aun »quedaba de pie, y levantarlo en alto para tranquilizar á los unos, respecto de la lealtad del designio que »había armado el brazo de los pueblos, y para recordar

»á los otros cuál era el pensamiento que se abría paso entre el estruendo de las armas y las vacilaciones consiguientes á una situación no definida...

»La reorganización de la República sobre la base de la moral, de la libertad y de la Constitución reformada, ha sido la bandera que reunió todas las voluntades en torno suyo al día siguiente de la lucha. Ella ha evitado el profundo peligro que encierran casi siempre las épocas de transición, y ha mantenido indivisible la unidad nacional durante el período supremo á que hoy pone término la reunión en este Congreso de los representantes del pueblo argentino. Tal ha sido el programa que, como jefe de los pueblos en armas, oyeron de mis labios todas las provincias de la República, y tal ha sido el propósito que, como encargado del Poder Ejecutivo Nacional de ella, he tratado de llevar á cabo.»

Y terminaba con esta reseña profundamente sentida en que enlaza con un mismo laurel á todas las provincias hermanas y concede á sus hijos todos por igual, sin exclusiones partidistas ó chocantes preferencias, un sitio en el gran banquete de la libertad argentina, ganada por el esfuerzo común en beneficio de la gloria y de la felicidad de todos.

»Antes de terminar, debo recomendar especialmente á la consideración de vuestra honorabilidad los documentos que se adjuntan relativos á la nueva actitud asumida por las provincias que han acompañado á Buenos Aires en el movimiento que ha cambiado la faz de la República.

»Estos documentos que encierran la más alta significación política, ponen de manifiesto ante el Congreso Argentino el esfuerzo generoso de los pueblos que, arrojando todo género de sacrificios, han sacudido el largo despotismo que los abrumó con tantas desgracias, y no dudo que el ánimo de V. H. se sen-

»tirá profundamente conmovido ante el espectáculo grandioso que presenta la heroica San Juan, patria de los mártires del Pocito, y la desgraciada Mendoza cuyas ruinas no respetó la barbarie de los caudillos, levantándose sobre la sangre y los escombros por un esfuerzo sublime de patriotismo para quebrar en un día el poder ominoso de sus verdugos. Estos hechos elocuentes no pueden ser perdidos para el porvenir de un pueblo, y persuaden que, de tan elevado origen, sólo surgen las grandes situaciones que llevan consigo el sello perdurable de la estabilidad. La importante provincia de Córdoba, respondiendo dignamente á la voz de Buenos Aires; la heroica Santiago preparada de antemano á la lucha y llevando á todas partes el auxilio de sus armas hasta dejar restablecida la paz en el Norte; Tucumán, á veces dominada y nunca vencida, disputando palmo á palmo el terreno á los enemigos de la libertad; San Luis, destruyendo en pocas horas el imperio de su brutal tirano y consolidando gloriosamente su actualidad con elementos propios; Rioja, ahogando en su seno la antigua montonera; Corrientes, puesta de pie como un solo hombre en favor de la causa de los principios y levantando entusiasta en su brazo robusto la bandera de su regeneración; Santa Fe y Catamarca, rompiendo valientemente los vínculos con que se pretendía ligarlas al pasado; Entre Ríos, cooperando eficazmente al triunfo del nuevo orden de cosas establecido; Salta y Jujuy, triunfando pacíficamente en nombre del principio liberal que prevalece en ellas: he ahí los hechos que esos documentos revelan y la incommovible base en que se apoya la reorganización de la República. Esa reorganización queda desde hoy colocada bajo los auspicios de V. H. La grande obra del patriotismo y del supremo esfuerzo de los pueblos, se pone al amparo de vuestras deliberaciones. A V. H. corresponde ahora la misión ar-

»dua y fecunda de consolidarla para el futuro, estudian-
»do las importantes cuestiones que presenta la situa-
»ción, alejando de ella los escollos que pudieran ofre-
»cerle un peligro, y resolviendo esas cuestiones de ma-
»nera que la República Argentina, libre, poderosa y
»compacta, sellando para siempre el vínculo de la uni-
»dad nacional, encamine sabiamente los elementos de
»fuerza y prosperidad que encierra, á la consecución de
»los altos destinos de que la hacen digna su heroísmo
»y sus infortunios.» (45)

Electo presidente constitucional de la República en octubre de 1862 por el voto unánime de las provincias, (46) dedicóse con todas sus fuerzas y con el más patriótico empeño á la grande obra de la reorganización constitucional y política del país y consiguió el mérito envidiable de haberla obtenido aunque á costa, á veces, de cruentos sacrificios, teniendo que acudir á todas sus energías para someter á fuerza de armas á la ley común á las bárbaras montoneras alzadas en el interior por el prestigio gauchesco de caudillos oscuros que, felizmente, han desaparecido por siempre entre nosotros.

Para culminar su obra coronando brillantemente sus patrióticos propósitos, faltábale entregar á los argentinos la ciudad de Buenos Aires, federalizándola; pero, al intentarlo, vió fraccionarse en dos bandos el gran partido de que era guía y jefe: uno bajo la denominación de *nacionalista*, fiel á su antiguo programa, prestigió la idea que consagraba definitiva é indestructible la unidad nacional; el otro la rechazó invocando las autonomías provinciales y obedeciendo á la dirección de Adolfo Alsina, uno de los bravos de Pavón. La lucha se empeñó con ardor por ambas partes, pero Mitre se detuvo ante la posible calamidad de una nueva guerra civil, creyendo, empero, en el triunfo de sus ideas y confiando en el porvenir. (47)

Los *autonomistas* triunfaron por entonces, pero cargando con la tremenda responsabilidad histórica de haber retardado por cerca de veinte años la resolución de un problema político de altísima trascendencia en los destinos del país, y que fué solucionado cuando arriando la bandera enarbolada por su caudillo, inscribieron en ella la idea y el programa que antes rechazaron y combatieron.

«En el orden interno—dice un escritor moderno,—
»su política debía ser de reparación, orden, progreso y
»libertad, dentro del régimen institucional que entraba
»á regir la República; y en cuanto á la política ex-
»terna, era ella de cordial amistad con los vecinos, de
»prescindencia absoluta en sus cuestiones internas y de
»estricta cortesía en las relaciones internacionales.»
Fué más aún: de absoluto y levantado respeto al derecho y al interés ajeno con especial cuidado por el interés propio y celosa observación de los derechos nacionales, demostrándose desde los primeros días en el desempeño de sus difícilísimas funciones político de largas vistas, profundo pensador y estadista el más equilibrado, de alta previsión y acierto admirable.

Después de contrarrestar la pretensión del representante del Perú en el imperio del Brasil y repúblicas del Plata, don Buenaventura Seoane, de que el gobierno argentino se adhiriese al tratado continental celebrado en Santiago de Chile en 15 de septiembre de 1856, pulverizando sus argucias y demostrando lo inconsistente é inconstitucional de aquél, (48) combatió la actitud del representante argentino en el Perú, el ilustre Sarmiento, que prestigiaba con otros políticos del continente la reunión de un «Congreso de Plenipotenciarios de América», en Lima, contraponiendo al espejismo de la «solidaridad americana» que se invocaba, los bien entendidos intereses de las «soberanías nacionales» que se echaban en olvido. El tiempo y los sucesos

justificaron plenamente las previsiones políticas del presidente argentino que sostuvo su tesis con valiente y profunda convicción en los consejos de gobierno, en las cámaras y en la prensa misma, á cuyas columnas descendió, como muchas otras veces, á tratar la cuestión con inagotable caudal de ciencia y conciencia. (49)

Sería dar á este modesto bosquejo proporciones inusitadas siguiendo á Mitre en los detalles de su administración de la cosa pública; y se hallaba empeñado aún en la organización política é institucional del país cuando estalló la guerra con el Paraguay y tocóle el comando de los ejércitos aliados en operaciones, reuniéndose bajo su autoridad militar las masas más potentes de tropas que ha contemplado la América Meridional y dándose bajo su dirección las batallas más considerables y sangrientas que recuerdan sus anales.

Son conocidas las causas de esta lucha.

El general uruguayo, don Venancio Flores, jefe del partido colorado, invadió en 1863 el vecino Estado Oriental para derrocar al partido blanco, que estaba en el gobierno, hecho que contó con el favor del imperio del Brasil, cuyo gobierno había sido agraviado por elementos oficiales de la administración uruguaya. El presidente argentino fué también acusado de haber protegido al invasor, lo que desmintió con entereza, sin negar jamás sus simpatías políticas por la causa que sostenía su antiguo compañero en las guerras por la libertad del Río de la Plata.

La ingerencia del Brasil en los asuntos orientales, dió margen á Francisco Solano López, presidente del Paraguay, para formular una protesta (después del rechazo de su intervención por ambos contendientes), el 30 de agosto de 1864, en la que declaraba alterado el equilibrio político del Río de la Plata, por aquella circunstancia; y declaró de hecho la guerra á aquel país, invadiendo sus territorios sin anterior declaración.

El gobierno argentino declaró su neutralidad, y decidido á no mezclarse en la guerra, rechazó las proposiciones de alianza que le fueron hechas por el gobierno de don Pedro II, como negó el permiso que solicitara López para pasar con su ejército por territorio correntino para llevar la invasión al Brasil.

Herido López por esta negativa, que suponía mantener con lealtad la declaración hecha, pues lo contrario habría sido violatorio de la neutralidad proclamada, invadió con un fuerte ejército nuestro territorio sin previa declaración de guerra, y sus marinos asaltaban nuestras naves desarmadas en el puerto de Corrientes, asesinaban á sus tripulantes sorprendidos y arriaban nuestro pabellón para ultrajarlo estúpida y cobardemente.

¿Qué restaba hacer? Lo que se hizo, lo que no podía dejar de hacerse; contestar al tremendo é injustificado ultraje con la guerra, al insulto con el castigo, á la bofetada cortando el brazo del que la aplicó á mansalva.

Quando un escritor del Río de la Plata quería en brillantes frases desnaturalizar el verdadero carácter de la guerra del Paraguay, cantando al pueblo mártir y maldiciendo su tirano, el general Mitre, directamente aludido, contestaba con verdad y noble altivez:

«Los soldados aliados, y particularmente los argentinos, no han ido al Paraguay á derribar una tiranía, aunque por accidente, ése sea uno de los fecundos resultados de su victoria.

»Han ido á vengar una ofensa gratuita, á asegurar su paz interna y externa, así en lo presente como en lo futuro; á reivindicar la libre navegación de los ríos, á reconquistar sus fronteras de hecho y de derecho; »hemos ido como argentinos, sirviendo á los intereses argentinos, y lo mismo habríamos ido si en vez de un gobierno monstruoso y tiránico como el de López,

»hubiéramos sido insultados por un gobierno más liberal y más civilizado.

»Doble insensatez y doble crimen habría sido emprender una cruzada de redención en favor del Paraguay, á despecho de los mismos paraguayos, si un interés propio, si un sentimiento de patriotismo, si una necesidad suprema, no hubiese armado nuestro brazo al agruparnos al pie de nuestra bandera de guerra.

»Insensatez, porque no se provoca una guerra exterior para cambiar violentamente el orden establecido en las naciones independientes, sobre todo cuando, como á nosotros nos sucedía, nos hallábamos todavía en el peligroso período de la reconstrucción nacional y del experimento de un gobierno libre.

»Crimen, porque no se va á matar á balazos á un pueblo, no se va á incendiar sus hogares, no se va á regar de sangre su territorio, dando por razón de tal guerra que se va á derribar una tiranía á despecho de sus propios hijos que la sostienen ó la soportan.

»Es una felicidad que, ya que hemos tenido que hacer la guerra al Paraguay, hayamos podido al mismo tiempo derribar un gobierno bárbaro y tiránico. Pero éste es un simple accidente de la lucha: no es ni el motivo ni el perdón que nos ha dado sombra en los gloriosos combates que hemos sostenido.

»La necesidad imperiosa de la defensa, el derecho de repeler la fuerza con la fuerza, y móviles patrióticos que pusieron la espada en nuestra mano, pueden únicamente justificar esta guerra ante la historia.

»Los resultados benéficos que esta guerra ha producido para los presentes y venideros, sólo serán fecundos á condición de hacer justicia á todos los que en ella han tomado parte, haciendo partícipes de ellos á la misma república del Paraguay, sacrificada por su tirano.

»La filosofía, la humanidad, la moral, desertarían de sus filas si hubiéramos ido á matar paraguayos y destruir el Paraguay para redimir un montón de ruinas y un grupo de viudas y huérfanos, cubriendo con la bandera de la libertad el último cadáver del último sostenedor de su tiranía.»⁽⁵⁰⁾

Y un escritor contemporáneo, comentándola, dice á su respecto, palabras que hacemos nuestras: «La guerra del Paraguay ha sido el suceso más trascendental en la existencia de estos países, después de su lucha homérica por la independencia; y los hombres y pueblos que la aceptaron con dignidad y la hicieron con valor abnegado, poniéndole un término glorioso con brillantes victorias, pueden esperar tranquilos el fallo de la posteridad, porque salvaron ileso el honor nacional, realzaron el brillo de nuestras armas, cimentaron la paz de estas regiones, afianzaron para siempre su seguridad territorial, y le dieron en el continente el más alto grado de preponderancia que haya alcanzado hasta nuestros días.»⁽⁵¹⁾

La guerra del Paraguay exige un libro que aún no ha sido escrito: en sus páginas se destacará la figura del general Mitre con los caracteres del más bravo de sus soldados, el más abnegado y el más ilustre de sus generales.⁽⁵²⁾

Muy estrechos son los límites de este trabajo para encuadrar dentro de ellos una reseña de aquella lucha estupenda. Su fin y sus resultados consolidaron el credo republicano en América, libertaron á un pueblo mártir de una tiranía atroz, acercaron á dos poderosos pueblos hermanos que se repudiaban sin causa legítima y prepararon la desaparición de un borrón social que manchaba los blasones del Brasil, la esclavitud, así como el advenimiento de la democracia al trono de que fuera desalojado el imperialismo.

Cargos muy severos se han dirigido al ilustre patri-

cio argentino con motivo de esta guerra; ha podido vindicarse luminosamente pero ha guardado el más abnegado de los silencios en homenaje á la cordialidad y paz que anhelaba su patriotismo entre los dos grandes aliados en la contienda. Cuando su persona desaparezca del escenario hablará la posteridad, y su fallo imparcial y severo—no vacilamos en pronosticarlo,—hará inclinar la frente de los impugnadores de hoy ante la grandeza moral de este hombre de cuya valía no quieren darse cuenta, tal vez, por no confesar ó reconocer su propia pequeñez.

Terminado el período constitucional de su mandato, el general Mitre entregó á don Domingo Faustino Sarmiento, insigne luchador también, el mando supremo; pudiendo envanecerse de haber sido hasta hoy el único jefe de partido que ha perdido una batalla electoral estando en el poder y transmitídole tranquilamente á su sucesor, porque ha respetado el juramento que hizo por Dios y la patria de someterse, respetar y hacer respetar las sagradas prescripciones de nuestra carta fundamental.

A su descenso del sillón de primer magistrado tomó de nuevo la pluma del periodista y fundó el diario *La Nación* que tan profunda influencia ha ejercido en los destinos de nuestro pueblo.

A su título de *tipógrafo* ⁽⁵³⁾ unió pronto el ex presidente, el de senador nacional, cargo con que le honró la confianza de sus conciudadanos, que á la terminación de su mandato presidencial, le obsequiaron la casa en que aún vive y á la que el pueblo se cree obligado á acudir en todos los momentos propicios ó desgraciados á escuchar la palabra del amado patricio ó á ofrecerle espontáneamente el homenaje de su inextinguible predilección y respeto. En su desempeño, tomó parte en cuestiones importantísimas, tales como la de San Juan, en que obtuvo un gran triunfo parlamentario, si

bien en la votación fué derrotado por una mayoría regimentada, y que hizo exclamar seis años después, en ese mismo recinto, al doctor Rawson «que algún día diría la historia, cómo se había formado esa mayoría»; ⁽⁵⁴⁾ así como la referente al puerto de Buenos Aires, en que pronunció cinco discursos, combatiendo al ministerio representado por el doctor Dalmacio Vélez Sarsfield y en uno de los cuales, inculpado de oponerse al primitivo proyecto de Madero y de no haber hecho el puerto cuando se hallaba en el poder, improvisó una brillantísima defensa de su conducta y sus ideas, que no pudo ser contestada por sus poderosos adversarios. Además, ilustró muchas otras diversas, sobre educación primaria y secundaria, inmigración espontánea, etc.

Como convencional, tomó parte á justo título en la famosa Convención de Buenos Aires, que reformó la Constitución de 1854, siendo de los oradores más notables en aquella luminosa reunión de talentos que convirtió la tribuna en un lampo de luz.

Fué enviado al Brasil y al Paraguay como representante argentino para arreglar las cuestiones pendientes de límites y otros asuntos de trascendencia, y no fueron aquéllos de los servicios menos importantes que tiene prestados al país. Los resultados felices de su misión, que reivindicó modestamente para el buen sentido público, indujeron al alto comercio de Buenos Aires, á ofrecerle un banquete que se celebró el 23 de enero de 1873 en el teatro Colón.

Iniciada la lucha electoral para la renovación de los poderes públicos nacionales, fué proclamada su candidatura á la presidencia, y lanzó el 20 de mayo de aquel año su programa electoral en el que, al confesar su invariable credo político, declaraba que, sintiéndose sin compromisos que le ataran á ningún círculo, no reconocía otro vínculo que no fuera el de la fide-

lidad á sus principios y á la observancia de la Constitución, ni otra regla de criterio que el de las conveniencias generales del pueblo.

Y el 16 de abril de 1874, en un discurso dirigido á la juventud que aclamaba su nombre para regir los destinos de la patria, hacía esta noble declaración: «Si á pesar de luchar solos, sin más fuerzas que las de la verdad y del derecho, triunfase la verdad del sufragio, yo me felicitaría con vosotros del triunfo, porque vería en este hecho la prueba de que el pueblo argentino tiene bastante virilidad para gobernarse á sí mismo y marchar con paso firme á los grandes destinos que la Providencia le reserva. Y si me toca á mí ser el elegido del pueblo, yo aceptaría modestamente la tarea en nombre del principio triunfante, ante el cual debemos inclinarnos todos. Pero debo declarar con la misma humildad y con el ánimo orgulloso, y en homenaje á vuestros nobles esfuerzos, que si yo creyera que en el fondo de la urna que me proclamase presidente de la República había un solo voto falso, declinaría el alto honor de presidir los destinos del pueblo argentino, porque el que busca ó acepta el gobierno de un pueblo libre por medios indignos, no es digno de gobernarlo.»

El gobierno nacional puso todos sus poderosos elementos de coacción y fraude en favor de la candidatura contraria; el paso de las urnas fué vedado al pueblo y éste fusilado en los comicios por soldados de línea disfrazados que obedecían las órdenes de los que, transcurridos veinte años, habían de presentarse á ese pueblo víctima suya, con prestigios de regeneradores. El pueblo se lanzó á la revolución; provincias como la de San Luis, con su gobernador á la cabeza, protestaron del tremendo atentado con las armas en la mano.

Pero nosotros no hemos de historiar mejor sus causas, que lo hizo en su hora el ilustre jefe del partido

liberal, en el sobrio documento que en reemplazo de nuestra deficiencia reproduciremos, y que tituló:

MANIFIESTO REVOLUCIONARIO.

Octubre de 1874.

«Como hombre público de antecedentes conocidos, como candidato á la presidencia de la República en la última elección, y como ciudadano que tiene y acepta la responsabilidad moral para ante el pueblo, debo á mis conciudadanos una explicación de la actitud que deliberadamente asumo, en presencia de las circunstancias solemnes en que se encuentra el país.

»Me ha de ser permitido recordar con este motivo á mis conciudadanos, que favorecido por la fortuna en nombre de la libertad, y honrado por el voto libre y unánime de los pueblos, jamás usé de la victoria ni del poder sino en el interés del bien común. Que entregué el mando supremo en toda su plenitud al elegido por la mayoría, dejando á la Nación unida por la primera vez, en paz y libertad, triunfante en el exterior y próspera en el interior. Que retirado á la vida privada, sin ambición y sin rencores, solamente he abandonado mi retiro en los momentos de peligro, en que el pueblo y el gobierno han requerido mis consejos ó mis servicios, creyendo haber correspondido á su confianza en tales ocasiones. Y por último, que la sinceridad de mis palabras jamás fué puesta en duda, ni aun por mis enemigos.

»Con estos antecedentes, no pensaba ni deseaba ser candidato á la presidencia de la República en el futuro período constitucional, como lo declaré cuando mi candidatura fué proclamada popularmente, hallándome ausente del país. Acepté empero la candidatura en honor de la libertad del sufragio, que veía compro-